

SARAH MOSS  
**Muro fantasma**

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



A lo largo de sus diecisiete años de vida, Silvie ha aprendido de su padre, aficionado a la historia de la Edad del Hierro, cómo vivían los antiguos britanos qué tipo de túnicas vestían, qué raíces comestibles recolectaban, cómo encontraban agua potable y también cómo morían algunas de sus mujeres y niñas: atadas de pies y manos, ahogadas en un pantano, víctimas de sacrificios rituales a manos de su propia tribu. La familia de Silvie participa en una «experiencia» organizada por un profesor de arqueología para sus estudiantes: recrear, en una acampada en los páramos del norte de Inglaterra, la vida de los britanos; adoptar sus costumbres y adaptarse a sus condiciones de vida, subsistiendo con lo que la naturaleza ofrece. A medida que pasan los días, Silvie se da cuenta de que el afán de su padre por imitar con la mayor fidelidad el pasado pone en peligro el delicado equilibrio de la convivencia del grupo, y se pregunta con pavor qué estará dispuesto a sacrificar, en nombre de la pureza cultural, ese hombre autoritario y temperamental que tan bien conoce.

*Muro fantasma* es una composición de cámara a la intemperie: el sutil retrato psicológico de un puñado de personajes que se impregnan de la violencia del pasado que exuda el paisaje. Breve y precisa, tensa y poderosa, la novela de Sarah Moss cuestiona los conceptos de tribalismo, civilización y barbarie, y brinda una importante lección para el futuro sobre el peligro de idealizar el pasado.

La sacan. No tiene los ojos vendados, sino abiertos de par en par mirando al último cielo: la última noche. El último frío le corta los dedos y la cara; las piedras —no las últimas piedras— magullan sus pies descalzos. Tropieza. La sostienen. No hay por qué ensañarse con ella: todo el mundo sabe lo que va a ocurrir. Desde lo más profundo de su cuerpo, desde la soga en su columna vertebral y los anchurosos regueros de sangre debajo de sus costillas, desde el vacío de su vientre materno y el nacimiento de su pecho, tiembla. Un cuerpo presa del miedo. Conducen al cuerpo atemorizado por el verde y a lo largo del sendero; sus pies descalzos, insensibles al grueso de los dolores causados por las rocas y los juncos puntiagudos. Se alza un cántico, los tambores resuenan tardos, desacompañados con el último pánico de su corazón. Otros la siguen, arrebujados para hacer frente al frío, oscuras figuras en procesión hacia el crepúsculo.

Al llegar, la desnudan. Es fácil: la habían vestido con una túnica holgada. Su cuerpo, blanco a la pálida luz roja, se recorta sólido sobre los jirones de niebla y la tracería de juncos. Ella trata de cubrirse con las manos, y no la dejan. Alguien la sujeta mientras otro la ata. Se le acelera la respiración, cuya condensación se le asienta en el rostro. Todos ellos van acompañados de sus exhalaciones, que lentamente se disuelven en el aire. Giran sus rostros hacia la multitud; la exhiben a sus vecinos y a su familia, a las personas que la cogieron de la mano cuando aprendía a andar, que le enseñaron a mojar el pan en la olla y a enjugarse los labios, a tejer canastas y a destripar el pescado. Ella ha jugado con los niños que ahora la miran furtivamente escondi-

dos detrás de sus madres; ha susurrado oraciones para ellos mientras venían al mundo. Ella ha sido uno de ellos, una más. Su hermano y sus hermanas la observan encogerse de miedo mientras los hombres cogen el acero, alzan la pálida melena por el lado derecho de su cabeza y se la cortan. Le rasguñan la piel desnuda. Ahora ya no parece una de los suyos. Está temblando. Colocan su cabellera entre la soga que le ciñe las muñecas.

Ella gimotea, plañe. El sonido reverbera por la ciénaga, canta a través de las ramas desnudas del serbal y los abedules.

No hay sorpresas.

Le colocan otra soga alrededor del cuello, alzan el acero hacia el sol del ocaso mientras este se hunde quedamente tras los riscos. Todo lo necesario está a mano: los mimbres afilados, el montón de piedras, los aceros pequeños y el grande. El palo para retorcer la soga.

Todavía no. Hay todo un arte consagrado a retenerla en el lugar en el que ella se está adentrando ahora, en el limen entre el agua y la tierra, en ese tiempo y ese espacio que median entre la vida y la muerte: demasiado tarde para regresar al mundo de los vivos y demasiado pronto, todavía no, no durante un rato, para estar completamente muerta.

La oscuridad se cernía largamente. El fuego crepitaba, perfilándose transparente contra los árboles; su propósito, ceremonial, ni más ni menos. El calor que nadie quería nos había hecho apartarnos los unos de los otros. El humo de la leña me irritaba los ojos y la roca se me clavaba en el trasero; la áspera túnica me causaba escozor debajo de los muslos. Como quien no quiere la cosa, saqué mis pies de los mocasines y dirigí las puntas hacia el fuego, sin motivo alguno, por ver lo que sentía. No puedes tener frío, dijo mi padre, si bien había sido él quien había encendido el fuego e insistía en que nos reuniéramos todos a su alrededor. Claro que puedo, pensé, si así lo deseo; solo que en lugar de eso dije: No, papá, no tengo frío. Al otro lado de las llamas, alcanzaba a ver a los muchachos hablando entre ellos y tan retirados que parecían estar en el interior de la arboleda, como si estuvieran pensando en desvanecerse en el bosque y escabullirse a algún lugar recóndito para hacer cosas típicas de chicos, en las que probablemente yo era más ducha. Mi madre se sentó en la piedra en la que mi padre le dijo que se sentara, con su arrugada túnica remangada de un modo nada favorecedor por encima de sus rollizas y blancas rodillas, mirando fijamente las llamas como hace todo el mundo; aquello era aburrido, y mi padre nos retenía a todos allí, aburridos, imponiendo su voluntad. ¿Adónde crees que vas?, me dijo mientras me ponía de pie. Tengo que hacer pis, dije, y él refunfuñó y lanzó una mirada hacia los chicos, como si la mera mención de las funciones biológicas pudiera enardecer sus pasiones adolescentes. Asegúrate de que no te vean, dijo.

Al cabo de unos días nuestras pisadas acabarían trazando un camino entre los árboles en dirección al arroyo; pero aquella primera noche bajo nuestros pies teníamos musgo, mullido a la tenue luz, y macizos de fresas silvestres tan maduras y rojas que todavía se veían durante el crepúsculo, como si estuvieran incandescentes. Me puse en cuclillas para coger un puñado de ellas y continué vagabundeando, escogiéndolas de mi mano con los labios, besando mis propias manos. Los murciélagos aparecían fugazmente en el espacio entre las ramas confiriendo profundidad al cielo plano: todavía podía oírlos. Era extraño caminar con unos zapatos de cuero fino, esa capa de piel prestada —robada— entre mis pies y los palos y las piedras, los húmedos macizos y las zonas mullidas del bosque. Llegué al arroyo y me acuclillé en la orilla, sumergí los dedos, escuché. El agua sobre la roca y la turba, las hojas agitándose detrás de mí y, por encima de mi cabeza, una oveja balando en lo alto del cerro. El rocío recién nacido se filtró por mis zapatos. El arroyo arrastraba mis dedos y el brezo exploró mis piernas, desnudas bajo la túnica. Entendía por qué mi padre amaba estos parajes, esta vida al aire libre. No pensaba que las casas fueran mejor.

Cuando regresé a la hoguera, mi madre estaba arrodillada junto a esta: no para propiciar a los dioses, sino para alzar unos bloques de hierba verde de un montón. Échanos una mano, Sil, dijo, papá dice que, si se hace bien, se puede cubrir para la noche y quitar la hierba por la mañana, dice que así es como se hizo siempre. En el pasado. Sí, respondí mientras me arrodillaba a su lado, y supongo que lo que no te ha explicado es que, en el pasado, habría alguien para enseñarte a hacerlo, en lugar de limitarse a darte instrucciones y pirarse. Se volvió a sentar. Bueno, dijo, pero aquella gente sabría cómo hacerlo, ¿no?, en aquellos tiempos, sin

necesidad de que se lo explicaran: lo aprenderían junto a sus madres; y no uses ese lenguaje, que te va a oír.

Mis padres y yo dormíamos en la casa circular. Los estudiantes la habían construido el año anterior como parte de un curso de «arqueología experimental», pero se habían negado en redondo a la idea de mi padre de dormir ahí todos juntos. No había razón, dijo mi padre, para pensar que los hogares de los antiguos británicos hubiesen estado organizados de la misma manera que las familias modernas; si los estudiantes querían una vivencia auténtica, deberían unirse a nosotros en esos camastros que se astillaban y que ellos habían fabricado y acolchado con las pieles de ciervo que había donado el anacrónico lugareño propietario de la casa solariega. O, al menos, puesto que el dueño de la casa solariega vivía en Londres y ciertamente no pasaba sus veranos en Northumberland, alguien las habría donado en su nombre. El profesor Slade dijo: Oh, bueno, al fin y al cabo, la autenticidad es imposible y, de todas formas, tampoco es el objetivo: el caso era tener una idea general de la Edad del Hierro y quizá cierto conocimiento sobre algunos procesos y tecnologías concretos. Que los estudiantes duerman en sus tiendas de campaña si así lo prefieren, dijo, pues, a buen seguro, las hubo en la Edad del Hierro. Tiendas de campaña con pieles, dijo mi padre, y no esos sofisticados mamotretos de nailon. La tienda de campaña que solíamos utilizar nosotros en vacaciones era de una lona del color de los melocotones y probablemente fuera un resto de la Segunda Guerra Mundial. Me había fijado en que los estudiantes habían montado sus falsas y coloridas tiendas de campaña impermeables en el claro que había más abajo de nuestra cabaña, protegidas, tras los árboles y la falda del cerro, tanto de la casa circular como de la tienda del profesor, que era más amplia y estaba más cerca del sendero donde este aparcaba su coche. Papá, yo también podría dormir en una de esas, le dije, para que así mamá y tú tenáis algo de intimidad. Pero mi padre no quería intimidad:

lo que quería era ver qué me traía entre manos. No seas estúpida, dijo, que te quede bien clarito que no vas a dormir con los muchachos; debería darte vergüenza. De todos modos, eso de la intimidad es una caprichosa idea moderna, precisamente de la que estamos huyendo; todo el mundo intentando esconderse para hacer lo que le venga en gana: dormirás con nosotros, y punto. No sé qué se pensaba mi padre que querría hacer yo durante aquellos días, pero puso todo su empeño, eso sí, en asegurarse de que no pudiera hacerlo.

Como era de esperar, los camastros eran de lo más incómodos. Me había negado a dormir con esa túnica rasposa que mi padre insistía en que me pusiera aun a falta de cualquier prueba que demostrara cuál era la ropa de dormir y la diurna que vestían los britanos; pero, incluso a través del pijama de felpa, el jergón relleno de paja pinchaba, olía a granja y crujía como si hubiera unos mamíferos diminutos retozando en él cada vez que me movía. La oscuridad de la cabaña era absoluta, desconcertante; me tumbé bocarriba y, aunque moví las manos enfrente de mi cara, no veía ni torta. Mi padre se giró, suspiró y empezó a roncar: un ruido bovino irregular que tornó en ilusoria cualquier idea de poder dormir. Mamá, susurré, mamá, ¿estás despierta? Shhh, me respondió, duérmete. No puedo, le dije, ronca demasiado fuerte, ¿no puedes darle un empujón? Shhh, dijo, duérmete, Silvie, cierra los ojos. Me giré hacia mi lado, de cara a la pared, y de nuevo al otro porque no me pareció una buena idea exponer mi espalda a la oscuridad de esa manera. ¿Y si había insectos en la paja, garrapatas o pulgas?, ¿y si se me metieran en el pijama?, ¿y si tuviera ahora uno en un pie, quizá subiéndome por la pierna, saltando, picándome y volviendo a saltar, y en la espalda, atravesando el saco, varios de ellos, en los hombros y el cuello? Silvie, refunfuñó mi madre, deja ya de retorcerte así y duérmete, me estás sacando de mis casillas. Él sí que me está sacando de mis casillas, le respondí. Seguramente lo oigan

en Morbury, no sé cómo lo soportas. Hubo un gruñido, un cambio. Los ronquidos pararon y las dos nos quedamos quietas, inmóviles. Pausa. Tal vez no vuelva a respirar, pensé, se acabó, quizá sea el fin. Sin embargo, al poco empezaron de nuevo: cuchillos de sierra rasgando una cartulina.

Cuando me desperté, la luz se filtraba alrededor de la piel de oveja que colgaba de la puerta. Probablemente no tuvieran ovejas, había dicho el profesor; pero, en vista de que no se nos permitía matar animales empleando técnicas de la Edad del Hierro, no teníamos más remedio que hacer acopio de lo que pudiéramos, y las pieles de oveja eran más fáciles de adquirir en el mercado libre que las de ciervo. Aunque me alegraba de no tener que destripar a machetazos a los ciervos del bosque con cuchillos de piedra, pensé que el hecho de que el profesor evitara el derramamiento de sangre echaba por tierra la idea de que nuestras vivencias aquel verano supondrían un redescubrimiento del estilo de vida de los cazadores recolectores premodernos. El *quid*, mascullé, está en el nombre, ya sabéis, *cazadores recolectores*. ¿Qué dices, Silvie?, dijo mi padre, ¿querrías repetirle al profesor Slade lo que acabas de decir? Oh, por favor, llámeme Jim, dijo el profesor Slade, y no se preocupe, yo también tengo hijos adolescentes, sé lo que es. Sí, pensé, pero tus hijos adolescentes no están aquí, se habrán ido a algún lugar bonito con su madre, no me cabe la menor duda, probablemente a Francia o a Italia. Me giré y les di la espalda, rígida como la tenía, y me golpeé el codo con un saliente de madera que sostenía el costal de paja. Me escabullí precavidamente pasando por encima de las astillas y me quedé en la tierra desnuda, seca y polvorienta. Apenas había luz suficiente para ver los camastros vacíos de mis padres; el contorno del poste central desaparecía en la oscuridad bajo el tejado. Algunas personas de la Edad del Hierro conservaban los cadáveres de sus antepasados medio ahumados en las vigas de sus techos, atados y ovillados, mirando hacia abajo con una mirada vacía. En al-

gunas de las casas había trozos de niños muertos enterrados en la entrada para tener buena suerte o protección frente a algo peor.

Mi madre estaba agachada junto al fuego atizando las brasas con un montón de hierba a su lado. Conque funciona, dije, ¿cómo has logrado sacar la hierba sin quemarte? Volvió a respirar, se inclinó hacia adelante y sopló, con los labios fruncidos, la incandescente base del fuego. Las ascuas se avivaron. Las sombras de las hojas de los árboles trepidaron. Pues malamente, respondió, toma, inténtalo tú, me estoy haciendo polvo las rodillas cosa mala. Me arrodillé y me acodé en el suelo con la esperanza de que no apareciera de pronto alguno de los estudiantes y me viera con el trasero en pompa; soplé y volví a soplar. Cuidado con el pelo, dijo mi madre. Volví a aspirar aire, oliendo la tierra y la madera verde. Mira, dije. Llamas. ¿Qué hay para desayunar? Agitó la cabeza. Papilla de avena, dijo, supongo que tú la llamarías gachas: no hay ni leche ni avena, esto es más parecido al centeno, creo; ojalá que no sea cebada, porque si no, no se harán hasta las Navidades. ¿Hay miel?, pregunté. Normalmente solo comía papilla de avena si venía acompañada de una cantidad igual de melaza, aunque a mi padre no le gustaba tanto así como a secas y con abundante sal, pues tenía la misma fe en la papilla de avena que otra gente en la homeopatía o el agua sagrada. Todo eso del cáncer, dijo de la amiga de mi madre a la que acababan de diagnosticarle uno, la gente necesita fibra, no está hecha para comerse toda esa bazofia procesada, cereales para el desayuno y cosas por el estilo, vamos, que antes preferiría comerme la caja. Mamá, ¿qué habrá de cenar y merendar?, le dije. Lo que recolectéis esta mañana, dijo, quizá pescado; en esta época del año debe de haber bayas. El pescado no se recolecta, pensé, para pescar hay que matar, y tú no lo vas a hacer, mamá, pensé; pero en lugar de decir eso, eché más ramitas al fuego además de uno de los leños

secos que los estudiantes habían cortado como parte de su experimento arqueológico.

Mi madre empezó a empujar las piedras grandes hacia la orilla del lar, y fui a ayudarla. Hay que ponerlas lo suficientemente separadas para que la olla esté en equilibrio, dijo, él dice que después construiremos un soporte para colgarla. O un chisme, una trébede. ¿Con qué?, dije, no querrá que ahora nos dediquemos a la herrería, ¿verdad? La herrería era una de sus pasiones. Recordaba, decía mi padre, al último herrero del pueblo, que dejó su oficio unos años después de la guerra; recordaba que, desde el umbral, lo dejaban mirar el metal pasar de sólido a un líquido incandescente y viceversa, el silbido y la repentina nube de vapor, las manos del hombre llenas de cicatrices. En tiempos fue una labor sagrada, dijo; el fuego, el líquido y el temple de las espadas. Mi madre se encogió de hombros. Papá dijo que ahora usáramos piedras. Tráenos la olla, Silvie, está justo al lado de la puerta. La olla era de hierro, muy pesada. Me puse en cuclillas, con los brazos abarqué la olla con decisión, la levanté con las rodillas, pero a todas luces la cosa era ridícula. Maldita sea, mamá, dije, ¿por qué no unas tostadas, por qué no ensartamos unas salchichas en unos palos?, pero pude ver en su gesto que tendría que haberme callado la boca: tenía a mi padre detrás de mí. Sabes muy bien que en aquella época no comían tostadas, dijo mi padre, y si te vuelvo a pillar escaqueándote para comer basura, te vas a enterar, ¿está claro? Sí, papá, dije, lo siento, solo estaba bromeando. Pues no bromees, dijo, no tiene ninguna gracia. Y ve a vestirte, ponte la túnica, no quiero ver ese pijama ni en pintura y, ni que decir tiene que tampoco quiero que lo vea el profesor. El profesor, podría haber señalado yo, llevaba calcetines de tenis porque pensaba que, si no se los ponía, los mocasines le harían rozaduras, pero me metí en la cabaña, hurgué en la maleta que mi madre había heredado de mi abuela y me puse unas braguitas y un sujetador debajo de la rasposa túnica. Unas

semanas atrás habíamos tenido una discusión sobre este tema en la cocina de casa. Pero ¿no querrás que andemos por ahí en paños menores?, le dijo mi madre a mi padre, cualquiera podría vernos lo que sea; esos muchachos y nuestra Silvie. Mi madre también había logrado que él hiciera una concesión con respecto a los cepillos de dientes: era evidente que los britanos no se preocupaban por eso, pues, en cualquier caso, no iban a vivir lo suficiente como para perder los dientes. Y, finalmente, también con respecto a los tampones: una vez mi padre había apuntado de nuevo que, de todos modos, antaño las mujeres no andaban por ahí todo el rato sangrando por todas partes; que todos esos quehaceres empezaron después, cuando hubo escasez de comida y a todo el mundo le vino bien; y además, las mujeres de la familia se quedaban en estado de buena esperanza y alimentaban a los bebés en la manera prevista por la naturaleza tanto tiempo como podían, que era lo que también decía cada vez que nos pillaba a mi madre o a mí comprando artículos de higiene femenina. En aquellos tiempos las mujeres se las apañaban la mar de bien, dijo, sin tener que gastarse un dineral en esos cachivaches, que finalmente van a parar a las playas; una cochina, vamos. O se morían al dar a luz, respondí, con raquitismo y sin cesáreas; eso sí, no querrás que me quede embarazada con tal de lograr una mayor fidelidad histórica, ¿verdad? Dejó la lista que estaba escribiendo, puso el boli junto a esta en paralelo sobre la encimera y se levantó, solemne. Chitón, dijo mi madre, qué desfachatez; pero lo dijo demasiado tarde, cuando la bofetada ya planeaba sobre mí. Te lo tienes merecido, dijo ella, te has pasado cuatro pueblos, ¿qué esperabas?

Ya fueran de centeno o de cebada, las gachas seguían resistiéndose a la acción del fuego y el agua cuando aparecieron los chicos. Los granos formaban unos grumos que parecían gusanos muertos. ¿Hemos puesto demasiada agua?, le pregunté a mi madre, ¿acaso no deberían tener

una textura pegajosa? Mañana tendréis que levantaros y poneros a la tarea antes, las dos, dijo mi padre, la gente tiene que comer, esto no puede ser. Comprendí que quería que hiciéramos algo, que aceleráramos la cocción del agua y la dilatación del grano. La agitación de las moléculas, pensé al acordarme de los exámenes de Química de secundaria. Cogí la pala tallada y removí aquello, hice que los gusanos nadaran en una dirección. No era justo que mi padre nos regañara porque se nos quedaran pegadas las sábanas cuando él mismo nos había obligado a dejar nuestros relojes en casa y no paraba de elogiar la vida sin relojes. La gente de antaño se guiaba por sus tripas y por el sol, no se pasaban todo el santo día contando los minutos: en el pasado la gente sabía lo que era la paciencia.

Oímos unas voces, risas —miré a mi padre, a quien no siempre le gustaba que se riera la gente—, y los muchachos aparecieron subiendo por la vereda. Pete, hice memoria, Dan y la chica, que se llamaba Molly. La noche anterior, que había sido la primera, habían ido vestidos con vaqueros, pero ese día lucían sus túnicas y su aspecto no era menos ridículo que el mío. Unas piernas magníficas, le dijo Dan a Pete mientras salían de entre los árboles. Sí, bueno, dijo Pete, y tú no paras de fardarnos de tetas, amigo, debe de ser que te pasa algo en las piernas. Tetas. Volví a mirar a mi padre, pero él no estaba mirando, no estaba escuchando. Molly venía detrás de ellos, con la túnica prendida con una chapa de la campaña para el desarme nuclear y su pelo rubio recogido en dos trenzas atadas con unos pompones elásticos provistos de unas cerezas rojas de plástico. En su pelo había colores como los de las vetas de la madera de pino pulida y podías seguirlas hasta el final de sus trenzas. Lo siento, dijo mi madre, me he retrasado con el desayuno, todavía le queda un rato. Nada, dijo Dan, no pasa nada, Jim insiste todo el rato en que no tenemos horarios de comida. Comeremos cuando esté lista. Jim, pensé, el profesor Slade. ¿Quieres que te ayude, Alison?, preguntó Molly,

en serio, no tienes por qué hacerlo tú todo. La mirada de mi madre y la mía se cruzaron. Alison: mis amigos solían llamarla señora Hampton. No, dijo ella, puedo mover la cacerola perfectamente, vosotros seguid con lo vuestro. Los estudiantes se sentaron al sol: charlaban, se tomaban el pelo unos a otros, empleaban un vocabulario que yo solo había leído en libros y se reían cuando les venía en gana. Yo me entretuve recogiendo leña, más o menos, y me quedé lo bastante lejos como para no dar la sensación de que quería unirme a ellos, pero lo bastante cerca como para oír lo que decían. Planes para más adelante ese verano, «irse de viaje», como si moverse por ahí fuera una manera racional de emplear el tiempo y el dinero. Billetes de *interrail*, Roma y París. Ahora puedes ir a Praga y también a Budapest, dijo Dan; mi hermana lo hizo el año pasado, antes de que todo el mundo empezara a ir allí. Pete ya había estado en Berlín, después de sus exámenes, y había visto caer parte del muro de Berlín. Tengo un trozo del muro en mi casa, dijo; es rosa porque había pinturas murales y grafitis; fue de lo más guay: nos sentamos en lo alto y había gente tocando la guitarra y cantando; cervezas toda la noche; allí no tienen hora de cierre. Solo que en realidad es un poco triste porque ahora todo el mundo está mangando fragmentos del muro y, de seguir así, quedará menos muro de lo que quedó del muro de Adriano a finales del siglo pasado; casi podías ver las calles juntándose de nuevo, ensamblándose. Yo quiero ir allí, dijo Molly, me gustaría verlo con mis propios ojos. Ir a Berlín, pensé. ¿Cómo se va a Berlín?, ¿se puede empezar en la parada de autobús, hay que coger un avión o el tren?, ¿varios trenes? Yo conocía muchas de las islas británicas, Holy Island y Anglesey, las Orkneys y algunas de las Hébridas, pero nunca había viajado a la Europa continental. No teníamos pasaporte. ¿De dónde sacaban ellos el dinero?, ¿qué pensarían los padres de Dan, Pete y Molly de semejantes planes? Mi padre se adentró en el bosque, terco, y a mi madre se le ensombreció el rostro, encorvada mientras

removía las gachas en la cacerola, como si se avecinaran unas nubes que solamente ella veía.

El profesor apareció después del desayuno y empezó a organizarnos a todos de un modo que me hizo preguntarme si pensaba que en la Edad del Hierro había profesores, o si tal vez no podía concebir que hubiera circunstancias en las que se requerían otras cualidades distintas a las de ser un pijo y estar muy leído para poner a alguien a cargo de los demás. Mi padre, pensé, sabía tanto como los demás acerca de vivir apartado en el campo, en busca de alimentos, pescando e ingeniándose las. Tú y tú, id a por plantas comestibles en esta zona, dijo el profesor. Aseguraos de estar de vuelta antes de las tres y media: la canastera vendrá para impartir un taller. Bill, vente conmigo a pescar. Alison —parecía perplejo, quizá de pronto inseguro de si se le permitiría decirle a la esposa de mi padre qué hacer—, ¿podrías tal vez, bueno, ordenar el campamento un poco, si no te importa? ¿Y yo qué?, pensé, ¿qué haré yo? Tú vete con el grupo de búsqueda de alimentos, dijo mi padre, tal vez así aprendas algo, pero no te pierdas por ahí y no des la lata; puede que para ti esto no sea más que una diversión y un juego, pero para esta gente es trabajo, son sus estudios, no quiero verte gandulear por ahí. Para mí tampoco es un juego, le respondí, tenemos que comer, así que claro que iré en busca de alimentos.

Tenían el mapa del Instituto Cartográfico Nacional y un manual para buscadores de alimentos. Bien, dijo el profesor, solo para compensaros por el conocimiento que, entre los britanos, tendrían los jóvenes, pues vuestra educación no os va a servir de mucho en comparación con lo que ellos sabían desde la infancia. Cada cual cogió una bolsa de piel y enfilamos el sendero que conducía al páramo. Había, por descontado, muros de piedra seca y prados con ganado, además de una hilera de torres de alta tensión que se perfilaba contra el cielo y, cómo no, una carretera de asfalto en la que un coche circulaba a paso de tortuga cerca del hori-